

Iré a esa calle que de cielo a cielo  
parte en dos la ciudad.  
Sabré la cifra de sus adoquines  
y por qué su inclinada geografía  
me devuelve a Lisboa, a Éfeso,  
a cierta esquina de Valparaíso  
o a otros puertos translúcidos, sin nombre.  
Bajo un paraguas, que nadie me verá,  
descenderé silbando hasta la Dársena  
donde fondea una barcaza oscura.  
En las aguas pesadas y oleosas  
habrá restos flotando a duras penas  
y unos ojos exactos de aguaviva.  
Será a la hora de soltar amarras.  
A dónde iré cuando la noche caiga,  
eso ya no lo sé.

### **CANCIÓN DESAFINADA**

El día que yo me muera  
vendrán muy pocos a verme,  
vendrá Ella, con su hueste,  
vestida de luto entero,  
a darme un beso de amor  
en la mejilla.

Vendrá el amigo sincero  
bajo la lluvia amarilla;  
y un anciano caballero  
vendrá, de lado el sombrero,  
a compungir un rincón.

Quizás venga la Poesía,  
toda desnuda y en flor,

a procurar mi rodilla,  
como sucedió en los versos  
de Juan Ramón y Rimbaud.

Y vendré yo a contemplarme  
echado cuán largo soy.

Si fuese arduo el camino,  
vendrá la Imaginación  
con la diestra en son de paz  
y en la izquierda un antifaz  
con el rostro de mi madre.

Para la ocasión quisiera  
un decorado de ángeles  
sin alas, en las paredes,  
y en la cúpula, impasibles,  
los remotos esenciales:  
el Uno, el Dos y, tal vez,  
el abrazo de los Tres.

(inédito, 2020)